Capítulo 5

La Facultad de Teología en la Universidad Tomística en el Virreinato del Nuevo Reino Granada (1750-1810)*

EDUARDO ALBERTO GÓMEZ BELLO**

Introducción

Este texto se enmarca en el fin del periodo colonial del Virreinato del Nuevo Reino de Granada, particularmente luego de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, cuando el fiscal de la Real Audiencia Francisco Antonio Moreno y Escandón atacó a la Universidad Tomística por considerar que los estudios de teología que impartía eran “inútiles” para la sociedad del momento. Para ello, se expondrán los planes de estudios, tanto el que tenía la Tomística, como el que proponía el fiscal para modernizar esos estudios, con el objetivo de mostrar que la persecución a la Orden de Predicadores era política y no académica. Posteriormente,

* Este texto es resultado del proyecto de investigación *La universidad Tomística: Ciencia, Educación y política en el contexto del Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1750-1810)*, aprobado y financiado en el marco de la VIII Convocatoria General para el Fomento, Desarrollo y Producción de la Investigación, mediante el acta 492, —código 007 del 5 de marzo de 2014— de la Unidad de Investigación de la Universidad Santo Tomás, Bogotá D.C.

** Miembro del grupo de investigación Anagnostes del Departamento de Humanidades y Formación Integral de la USTA.

se mostrará cómo era la vida cotidiana de los estudiantes de Teología de la Tomística, para terminar con un análisis general sobre el texto oficial de la Facultad de Teología: *Lugares teológicos* de Melchor Cano. Con esto se tratará de contribuir a la discusión sobre la pertinencia de la enseñanza de la teología en el período pre-independentista, y proponer que el modernizador plan de estudios, presentado por el fiscal, era idéntico al que se enseñaba en aquella época en la Tomística.

La primera universidad que nació en el territorio del Nuevo Reino de Granada —hoy Colombia— fue en 1580,¹ con la dirección y regencia de la Orden de Predicadores bajo el nombre de Santo Tomás o Tomística. La educación que se empezó a impartir en el convento de Nuestra Señora del Rosario se caracterizó por formar a sus propios miembros en la carrera eclesiástica a través de dos facultades: Artes y Teología.²

La literatura existente para entender el desarrollo de la Facultad de Teología durante la época colonial, y en especial, en el periodo comprendido en la segunda mitad del siglo XVIII, está contenida en los textos de los dominicos de fray Alonso de Zamora (1945) de principios del siglo XVIII, fray Buenaventura García Saavedra (1973), fray Francisco Mora Díaz (1929), fray Andrés Mesanza (1936), fray

-
- 1 La Comunidad de Santo Domingo en 1538 había fundado la primera universidad en la Isla de Santo Domingo. En Santafé organizaron en su convento de Nuestra Señora del Rosario los estudios universitarios de Artes y Teología en 1571. Posteriormente, por medio de la bula de Gregorio XIII, *Romanus Pontifex*, del 13 de junio de 1580, se erige en el convento la primera universidad de Santafé de Bogotá que se suprime definitivamente en 1861 bajo el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera. Su reapertura será en 1965 en las instalaciones que actualmente tiene, durante el gobierno de Guillermo León Valencia (Ariza, 1980).
 - 2 En 1563 en todos nuestros conventos de la Colonia, que eran más de cuarenta, se comenzó a enseñar formalmente la lectura de la gramática —en Tunja en 1562— y Artes liberales. Más aún: en nuestras casas de Bogotá, Cartagena y Tunja, se comenzó el estudio universitario de Artes y Teología y demás ciencias indispensables que se enseñan en un seminario para la formación de jóvenes levitas tanto del clero secular, como del regular, y, por consiguiente, los claustros dominicanos fueron los primeros seminarios del país, así como habían sido la primera escuela de blancos e indios (Báez, 1950).

Humberto Molano (1938), fray Enrique Báez (1950a),³ sor Águeda María Rodríguez Cruz (1973), fray Alberto Ariza (1992) y fray Carlos Mario Alzate Montes (2012), entre otros. También se deben tener en cuenta los libros de los no dominicos, como por ejemplo: los del agustino recoleto fray José Abel Salazar (1946), los de Guillermo Hernández de Alba (1980), William Plata y Norma Reyes (2005), esto por mencionar algunos.⁴

El estudio de la teología, pese a estar centrado en los temas y asuntos divinos, no puede ignorar las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales de la época en que se realiza. Para Gilberto Duque S.J., citado por Pinilla Monroy, las relaciones entre teología y sociedad son recíprocas:

3 El trabajo que realizó fray Báez está contenido en la obra inédita titulada *La Orden dominicana en Colombia*, compuesta por 22 volúmenes, de los cuales solo el tomo XII bajo el título *Parroquias de Boyacá (Boyacá, Arauca y Casanare)* fue publicado por la provincia dominicana en 2005. Todos los tomos están escritos a máquina —con correcciones, muchas veces a mano, pues el Padre Báez siempre se quejó que los amanuenses que utilizaba no estaban suficientemente preparados para llevar a cabo esta tarea, lo que lo llevaba a corregirlos— y encuadernados en cuero. También tienen numerosas enmendaduras y recortes añadidos, así como fotos recortadas de periódicos o revistas de la época. Su estructura temática está basada en las instituciones de la provincia y en el orden cronológico. “El mismo autor reconoció las confusiones que existen en la organización de cada uno de los tomos, pero no dejó de aclararlo en una nota pensando en su segura publicación, que finalmente no se hizo”, ni aún se ha hecho. “Por otra parte, se destaca el particular estilo directo y polémico de Báez, tanto en la descripción como en los apuntes argumentativos de los hechos, los cuales, además, reflejan su fuerte y dinámica personalidad” (Plata, 2008, p. 16).

4 Entre las que se destacan las de Renán Silva, *Universidad y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada* (2009); Diana Soto, *La reforma del Plan de Estudios del Fiscal Moreno y Escandón 1774-1779* (2004); Álvaro Pablo Ortiz Rodríguez, *Reformas borbónicas: Mutis catedrático, discípulos y corrientes ilustradas 1750-1816* (2003); Germán Pinilla Monroy, *Historia de la cátedra de Teología del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1653-1850* (2008); Alfonso Borrero Cabal S.J., *Historia Universitaria: La Universidad en Europa desde sus orígenes hasta la Revolución Francesa. Compañía de Jesús. Tomo I* (2008); Gabriel Giraldo Jaramillo, *Estudios Históricos* (1954); José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, IV tomos* (1953).

La vida de la Iglesia católica en Colombia y la conformación de la nacionalidad colombiana están ligadas, desde la colonización hasta hoy, al proceso de la teología, a sus obras, a sus temas y a sus corrientes. A su vez, los autores, obras, temas y corrientes teológicas en Colombia están ligados a los contextos, necesidades y urgencias de los diversos momentos sociales, políticos y culturales por los que ha atravesado la nación colombiana (2008, p. 20).

Esta interrelación viene desde el mismo surgimiento de la universidad en el continente americano, debido a la presencia de las órdenes religiosas. Para el caso del Nuevo Reino de Granada, las exigencias educativas de ellas —dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas— estuvieron determinadas por la necesidad de evangelizar, tanto al indígena, como al peninsular, para cumplir con el proceso de colonización; posteriormente, los siglos XVII en adelante, fueron para la formación de la élite criolla que tendría como principal papel continuar con el proceso de la unificación católica, así como para formar y proveer la clase burocrática y dirigente neogranadina (Borrero, 2008, p. 12).

En este sentido, la educación universitaria se convierte en el principal signo de participación y aporte de la Iglesia católica en el proceso colonizador. Sacerdotes, misioneros y frailes de las órdenes religiosas fueron los encargados de crear en nuestro territorio el hecho educativo. El jesuita Pierre Bayle afirmará: “Las universidades hispanoamericanas pueden y deben atribuirse casi totalmente a la Iglesia, por su fin y sus promotores” (Borrero, 2008, p. 14).

Las universidades se dividían en cuatro facultades llamadas mayores: Teología, Derecho, Medicina y Filosofía. Esto respondía a los siguientes criterios: primero el bien eterno de cada uno —Teología—, después el bien civil como miembro de la sociedad —Derecho—, el bien corporal marcado en la larga vida y la salud —Medicina— y la que abarca todas las ramas del saber y es a su vez, gestora de la ciencia —Filosofía—; estas cuatro facultades fundaban la enseñanza sobre lo escrito en la Biblia y los textos teológicos, las leyes positivas, los estatutos médicos y efectivamente, los textos filosóficos.

Con respecto a la Facultad de Teología, la formación comprendía dos partes distintas relacionadas entre sí. La primera era la teología positiva que enseñaba la historia del pueblo de Dios y de la Revelación Divina, tal como se manifiesta en la Biblia y en la historia de la Iglesia. La segunda lo constituía la teología escolástica, consagrada al estudio de los asuntos teológicos concretos, es decir, la teología dogmática que giraba en torno a Dios, el Hombre, a Cristo y a la Iglesia, como se expresa en la Biblia, y no tanto en la razón y la Teología moral, relativa a la conducta humana iluminada por el cristianismo.

La característica más importante de la vida cotidiana colonial fue su labor altamente religiosa. La salvación del alma era el principal negocio de los hombres de los siglos XVI y XVII. La religión cercaba toda la vida en la colonia, no era un asunto únicamente de ideas, sino de prácticas, de actos de culto. La población tenía el deber de asistir devotamente así no estuviera convencida y viviera en toda clase de vicios y licencias. Para unos era importante, para otros habitantes era un requisito que se tenía que cumplir. Esta doble moral en la vida cotidiana la describió muy bien Don Antonio de Guevara, que, refiriéndose a España, pero aplicable al Nuevo Reino de Granada, diría: “Son poquitos los que con devoción van en romería y son infinitos los que se pierden en romería” (Giraldo, 1954, p. 323).

En este ambiguo contexto de la vida cotidiana, se inscribe el estudio de la teología en territorios neogranadinos y el papel que debían desempeñar las órdenes religiosas para difundir el catolicismo entre los neogranadinos del periodo colonial, y en especial, de la Tomística para finales del siglo XVIII, cuestión central en este texto. Es necesario aclarar que entre los estudiantes de Teología, si bien la mayoría fueron clérigos o aspirantes a ingresar al sacerdocio, también hubo laicos que consideraron salvar su alma, como lo exigían las circunstancias de la época. Ahora bien, ¿qué se enseñaba en las facultades de Teología en el Nuevo Reino de Granada? El inicio de los estudios característico de los siglos XVI, XVII y primera mitad del XVIII, se puede sintetizar de acuerdo con la Constitución que fray Cristóbal de Torres dejó para el Colegio del Rosario:

Ordenamos, escribe en la Constitución V, capítulo V, que ninguno pueda en el colegio oír otra facultad alguna, sin haber oído primero las Artes de Santo Tomás, por muchas razones: la primera, porque no es justo que oigan teología de Santo Tomás sin estar primero fundamentados en las Artes de Santo Tomás; la segunda, porque también la medicina necesita de este fundamento (Pinilla, 2008, pp. 34-35).

El estudiante de Teología tanto de la Tomística, como del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, debía empezar por el estudio de las Artes de Santo Tomás para luego completar su formación con la teología tomista. Las dos instituciones profesaban fielmente la doctrina del doctor Angélico, que fue la cabeza de todas las escuelas teológicas y cuya influencia se hizo sentir en los estudios tanto conventuales, como universitarios, y aún en instituciones que no eran dominicas. El principal motivo era que Santo Tomás había realizado la mejor síntesis intelectual entre la filosofía aristotélica y la teología de las Sagradas Escrituras, pues por su método confronta opiniones y analiza tesis contradictorias para obtener certidumbres válidas.

En el mundo universitario medieval europeo, las diferentes órdenes religiosas llegaron a imponer en sus estudios a sus propios teólogos: los agustinos a San Agustín de Hipona (354-430); los franciscanos a Juan Duns Escoto (1274-1308) o a Guillermo de Ockam (1285-1349); los dominicos a Santo Tomás (1224-1274), a tal punto que al graduando se le alcanzó a exigir fidelidad al teólogo de su Orden. Sin embargo, el Concilio de Trento realizado entre 1545 y 1563, para contrarrestar los ataques del protestantismo y el luteranismo, les recomendó a las facultades de Teología enseñar principalmente las doctrinas de San Agustín y Santo Tomás, pues eran las que mejores argumentos tenía para defender la religión católica. En el caso particular del Nuevo Reino de Granada, se impuso la doctrina de Tomás de Aquino.

Germán Pinilla (2008), citando a Otto Pesch en su libro *Tomás de Aquino: límites de grandeza de una teología medieval*, anota que surgen nuevas corrientes basadas en el tomismo y muestra que aparecen las doctrinas de Francisco Suárez (1548-1617) y Luis de Molina (1535-1680),

que para los jesuitas eran los verdaderos intérpretes de Santo Tomás, lo cual produjo recelo en los dominicos, quienes se declaraban como los auténticos defensores de la doctrina tomista (p. 45).

Expulsados los jesuitas del territorio neogranadino en 1767, los dominicos a través de la Tomística continuaron con la enseñanza de la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino y el texto del dominico Melchor Cano, *Lugares teológicos*. Para el fiscal Moreno y Escandón, enseñar la *Suma* y su método escolástico no era adecuado para la realidad del Nuevo Reino de Granada de la segunda mitad del siglo XVIII, pues impedía el uso eficiente de la razón en los asuntos teológicos, y mal recomendaba en su plan de estudios el texto de Melchor Cano. La crítica hecha a Moreno y Escandón por los historiadores de los dominicos, especialmente por Enrique Báez, O.P., consistió en que el fiscal no conocía el plan de estudios de la Facultad de Teología de la Tomística —aunque no hay documento histórico que confirme lo anterior— y se dejó llevar por su espíritu de rabia y oposición contra los dominicos (1950a, p. 39).

Facultad de Teología de la Tomística: años de estudio

Para la segunda mitad del siglo XVIII, más concretamente para 1761, había 269 dominicos en 16 conventos en el Nuevo Reino de Granada, de ellos el más poblado era el de Santafé que tenía convento, casa de noviciado y el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, con 144 religiosos: el 30 % eran novicios, hermanos legos y devotos. El resto eran sacerdotes que se dedicaban a la predicación, la mayoría de estudiantes se encontraba en Tunja. Le seguían en número los conventos de Tunja con 49 y Cartagena con 48 (Restrepo, 2009, pp. 228-229).

La vida cotidiana del estudiante conventual transcurría de forma tal, que tenía que levantarse a las seis, y después de rezar el rosario y desayunar

vayan a la lección y confieran los que hubieren oído; a las diez asistan al Santo Sacrificio de la Misa y lo que restare del tiempo hasta las doce se recojan a estudiar; a las doce vayan a comer cerrando las puertas, como es de uso en los colegios mayores. Durante la comida se leía algún libro santo. Las horas de la tarde también se dedicaban al estudio, al deporte, a rezar y cenar. (Mesanza, 1936, p. 15).⁵

Así, evangelización y educación marcharon unidas durante la Colonia y se radicaban en el convento. Generalmente los estudios se iniciaban con las Escuelas de Primeras Letras —leer, escribir, cantar, contar y algo de religión— a la que podían asistir los hijos de los españoles en el Nuevo Reino de Granada o de los caciques indígenas; seguía la Cátedra de Gramática donde se estudiaba el latín y el castellano; después se entraba a la facultad de Artes donde se estudiaban las materias propias del *trivium* —gramática, retórica y dialéctica— y el *cuatrivium* medieval —aritmética, música, geometría y astronomía—; luego los estudios seguían en la facultad de Filosofía —Lógica, Física, Metafísica, Psicología, Ética y Teodicea—; se continuaba, y podía ser el final del proceso educativo si se trataba de un religioso, con la Facultad de Teología dividida en Dogmática, Moral y Casuística, añadiendo elementos de Derecho Canónico. Existían otras materias anexas como el Catecismo de Pío V y la Retórica de fray Luis de Granada, la primera era obligatoria para los novicios, la segunda lo era para todos los religiosos, pues debían salir hábiles en el manejo de la palabra.

En este proceso se invertían entre ocho a diez años, más o menos, al cabo de los cuales se recibía el grado y las órdenes sagradas y quedaba habilitado para el ministerio sacerdotal. Seis meses después, se debía presentar un examen en teología moral que, de ser aprobado, habilitaba para recibir confesiones de hombres. Tres años después, y si tenía

5 Es importante destacar que la presente investigación realizada hasta el momento es un primer informe que necesita ir profundizando más. En este campo, hay más referencias en Mesanza, en Báez, en Zamora, entre otros, que permiten determinar horarios más específicos.

más de treinta años, el sacerdote presentaba otro examen más riguroso para tener la facultad, también, de recibir confesiones de mujeres. Finalmente, tres años después, volvía a presentar un nuevo examen y si lo aprobaba, se convertía en *simpliciter*, es decir, para siempre. Esto implicaba que el religioso sacerdote siempre debía estar estudiando porque, además, en cualquier momento el arzobispo podía llamarlo a otro nuevo examen, y decretar la suspensión, retirar o extender las facultades eclesiásticas (Mesanza, 1936, pp. 20-25).

Si el graduado luego de terminar teología —el último nivel eclesiástico—, quería dedicarse a la enseñanza, debía someterse a un examen general que duraba entre dos o tres horas en acto público y sobre un tema seleccionado al azar 24 horas antes; el asunto de exposición era seleccionado por el futuro maestro de una las tres opciones dadas por los expertos de la Tomística. El acto era muy concurrido: el candidato disertaba durante una hora sobre el tema y las otras dos se dedicaba a responder las preguntas u objeciones que le hacían los cinco jurados o examinadores. Posteriormente, estos se retiraban a un recinto privado y secretamente votaban por la aprobación o reprobación del examen. Si aprobaba recibía el título de Lector, que lo facultaba para enseñar. Su carrera de maestro debía empezar por Artes, pasar a Filosofía y terminar en la enseñanza de Teología. Aquellos actos públicos se llamaban oposiciones y conclusiones, y se realizaban en el templo del convento del Rosario (Mesanza, 1936, p. 27).

Lo anterior constituyó la marcha normal de la Facultad de Teología de la Tomística hasta 1767, cuando la expulsión de los jesuitas, las reformas borbónicas y la incidencia del fiscal Moreno y Escandón, interrumpieron el desarrollo por los pleitos presentados.

Duración del estudio

Para revisar y analizar los tres planes de estudio propuestos para la Facultad de Teología de la Tomística, es necesario hacer una breve presentación de las reformas borbónicas del rey Carlos III (1759-1788) en la segunda mitad del siglo XVIII. Las reformas consistieron en fortalecer el centralismo del Estado para darle un corte absolutista. Entre las medidas

reales tomadas se encontraban la supresión y represión de los privilegios del poder civil en América y el ataque frontal a todo tipo de disidencia. Con respecto a las instituciones eclesiásticas, se buscó controlar y atacar a aquellas que fuesen consideradas perjudiciales para la Corona, tal como la Compañía de Jesús, que terminó siendo expulsada de los territorios hispánicos en 1767. En busca de un mayor control, el rey ordenó que cualquier cosa o asunto que solicitara la Iglesia debiera pasar por el Consejo de Indias, y además, que las reuniones, cofradías, hermandades o comunidades religiosas solo se podían realizar bajo la presencia de algún ministro del rey o de un delegado (Pacheco, 1986, p. 26).

El papel que cumplió el fiscal de la Real Audiencia, Francisco Antonio Moreno y Escandón, no escapó a estos designios reales. Con el apoyo del virrey saliente Pedro Messia de la Zerda (1761-1773) y el entrante Manuel Guirior (1773-1776), presentó el *Plan Provisional de Estudios* en 1774, que reformaba todo el sistema educativo, así como los estudios teológicos. Su ataque iba dirigido contra el uso del método escolástico de enseñanza, proponiendo un sistema ecléctico que buscaba el control total de la Tomística y la creación de una universidad pública. También era un objetivo el abandono de la especulación teórica por la introducción de las “ciencias útiles” que permitieran conocer y explotar la riqueza natural del territorio virreinal. Con respecto a la Teología, Moreno y Escandón propone que no tenga como base solamente la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino, sino que también se tuviera en cuenta la Sagrada Escritura y el texto *Lugares teológicos* de Melchor Cano.⁶

El plan propuesto por Moreno y Escandón criticaba duramente el método de enseñanza propio de la época. De la lección en donde el profesor dictaba su clase y los estudiantes tenían que copiar y memorizar, sin ningún tipo de análisis más allá de la comprensión del

6 La reforma a los estudios de Teología no tuvo éxito, pues la Junta de Estudios de la Real Audiencia reunida el 13 de octubre de 1779 con la presencia del arzobispo Antonio Caballero y Góngora, el visitador Gutiérrez de Piñeres, los rectores de la Tomística y San Bartolomé, el vicerrector del Rosario y el fiscal Moreno y Escandón, lo deroga, y establece uno nuevo centrado en la *Suma Teológica* (Pinilla, 2008, p. 49).

texto, el propuesto por el fiscal establecía que en “ninguna Facultad ni cátedra se ha de dictar, ni escribir, y en todas se ha de estudiar y explicar por los libros” (Soto, 2004, p. 7), como lo había establecido la real cédula del 28 de noviembre de 1770 (Soto, 2004).

Es importante destacar que en 1756 el maestro general de la Orden de Predicadores, Juan Tomás de Boxadors, había propuesto para las universidades de la Comunidad un plan de estudios (ii), para “defender y renovar la doctrina tomista, buscando enriquecerla y, al mismo tiempo, liberarla del eclecticismo que tendía a diluirla” (Plata y Reyes, 2005, p. 217). Para ello ordenó introducir la enseñanza del texto *Lugares teológicos de Melchor Cano, O.P.* Para el caso de la Universidad Tomística de Santafé solo se empezó a enseñar en 1769, por la dificultad de las comunicaciones de la época estudiada.

Se destaca la coincidencia de estos dos planes de estudio que sumados al *Plan de Universidad de Estudios Generales que se propone al Rey Nuestro Señor para establecerse, si es de su Soberano Real agrado, en la ciudad de Santafé, Capital del Nuevo Reyno de Granada* de 1787 (iii), propuesto por el virrey-arzobispo Antonio Caballero y Góngora, instalan como centro de la enseñanza teológica a Melchor Cano y su texto.

La recepción de los *Lugares teológicos* en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada la realizó primero la Tomística en 1769, luego apareció referenciada en el plan propuesto de Moreno y Escandón en 1774, así como en el plan del virrey Caballero y Góngora en 1787. Esta precisión nos parece fundamental por cuanto, como se verá más adelante, Cano introduce el uso de la razón en el campo de los lugares teológicos como medio para acercarse a la verdad de las normas divinas, es decir que ya no se apela a la memoria, ahora se invita a la reflexión de estas normas divinas y la forma como se adecúan a las circunstancias de la época. En otras palabras, es el medio con el que la teología se moderniza y se ajusta a las necesidades educativas en el Nuevo Reino de Granada.

Los planes de estudio

En el plan de Moreno y Escandón (Soto, 2004, pp. 102-139), con respecto a la Facultad de Teología, los estudios se debían iniciar con Melchor Cano con su obra citada. Posteriormente,

se debía leer durante nueve meses, con asistencia precisa a mañana y tarde, y media hora en la noche para las lecciones de la Sagrada Escritura. Así mismo, con el Antiguo Testamento que tiene novecientos nueve (909) capítulos, se debían repasar cada noche tres capítulos, con lo quedaría leído en los trescientos tres (303) días que van desde San Lucas hasta mediados de agosto.

En el segundo año se debía aprender de memoria los Evangelios de san Mateo y san Marcos, y los ocho (8) primeros capítulos de san Lucas, desde el día de San Lucas hasta el 13 de julio, y el tiempo restante para el repaso. Disponía que los textos evangélicos fuesen acompañados del estudio de la cronología bíblica, la geografía de los países que allí se habla, una noticia general del pueblo hebreo; las ceremonias y leyes eclesiásticas y civiles de los judíos, la serie y autenticidad de los libros sagrados, los tiempos y lugares en que fueron escritos; sus versiones autorizadas y ediciones, las antilogías aparentes, varios sentidos y las reglas que deben observarse en la exposición de los puntos históricos, más las ciencias naturales que, aun no siendo conducentes al espíritu, se toquen incidentalmente. Aconseja como texto el Aparato Bíblico, del padre Lami, más las obras de Pedro García Galarza y Martínez Cántala Piedra.

En el tercer año, debía darse lo restante del Evangelio de san Lucas, el de san Juan y los quince (15) capítulos de los Actos de los Apóstoles, también desde la fecha inicial de san Lucas al 17 de julio, y el resto de tiempo para el repaso. Se deben dar también los Concilios, por la suma de fray Bartolomé Carranza “que cómodamente puede explicarse en un año”, no olvidándose los provinciales y sinodales de la América.

En el cuarto año, se deben dedicar a los trece (13) restantes capítulos de los Hechos de los Apóstoles y las primeras seis (6) cartas o epístolas de san Pablo, todo hasta el 22 de junio y el resto para el repaso.

En el quinto año, para las últimas ocho (8) epístolas de san Pablo, la de Santiago, las dos de san Pedro, las tres de san Juan, la de san Judas y el Apocalipsis. Logrado el grado, los teólogos debían permanecer en el colegio para que los nuevos estudiantes los aprovechen. Pueden hacer un año de estudio en Historia Eclesiástica, tomando como norma a Natal, Alexandro y el erudito Abad Fleuri, con cuya historia traducida al idioma latino, adquirirán una erudición nada vulgar, y sumamente necesaria, a los que aspiran a la perfección de la literatura (Porrás, 1952, pp. 429-432).

Se completaba el plan con la decisión del fiscal Moreno y Escandón, que debía ser el mismo profesor el que tuviera a cargo de la asignatura para darle mayor coherencia al estudio y favorecer la confianza del estudiante con el análisis. Más tarde, el 31 de julio de 1787, el virrey-arzobispo Antonio Caballero y Góngora, en concordancia con el fiscal Moreno y Escandón, le propone al rey un nuevo plan de estudios para la Facultad de Teología en la nueva universidad pública que quieren crear en Santafé de Bogotá en detrimento de la Tomística. La universidad llevará el nombre de Real Mayor de San Carlos. Este proyecto, el del plan de estudio como el de la creación de la universidad pública, nunca se llevó a cabo, como tampoco se hizo realidad el plan de Moreno y Escandón, pues los dominicos se opusieron en la corte en España y lograron que el rey les confirmara sus títulos de universidad y seguir con sus estudios en general y con la Facultad de Teología en particular.

Sin embargo, el plan del virrey-arzobispo propone que debe durar cuatro años y medio, y se compondrá de las siguientes asignaturas:

“Cátedra de Locis Theoloci perpetua”, que estará a cargo de la Orden de Predicadores. Durará dieciocho (18) meses y sus lecciones serán por la mañana. Se explicarán todos los lugares a excepción del

de la Sagrada Escritura y Concilios, que se tratarán ligeramente por tener otras aulas. Se enseñará por Melchor Cano o por el Aparato teológico de Pedro Annato. “Cátedra de historia y disciplina eclesiástica, concilios, etc. Perpetua”, a cargo de los Franciscanos. Se abre y cierra el mismo día que la anterior. Sus lecciones serán por la tarde. Se enseñará por el Breviario Histórico del Padre Berti, con explicaciones de la historia de Alexandro y de Fleuri.

“Cátedra de escritura sagrada perpetua”, a cargo de los Franciscanos. Se inicia cuando termine la de Locis. Sus lecciones serán por la mañana y se usarán los Aparatos de Lami, las Disquisiciones de Frasen y las Disertaciones de Calmet.

“Cátedra de Teología moral, perpetua”, a cargo de los Agustinos Descalzos y se hará paralelamente a la anterior. Sus lecciones serán por la tarde y se usará el Catecismo de Puget y las obras de Antonio Concina y Cunigliati.

“Cátedra de Teología de Prima, perpetua”, a cargo de la Orden de Predicadores. Se inicia cuando termínela de Escritura Sagrada; sus lecciones serán por la mañana durante dieciocho (18) meses. Se usarán la Suma Teológica de Santo Tomás y el compendio de Berti.

“Cátedra de Teología de Vísperas, perpetua”, a cargo de los Agustinos Calzados. Sigue el curso del anterior y se enseñará por los mismos autores en las tardes (Hernández, 1980, pp. 155-156).

Los grados

Luego de la expulsión de los jesuitas, la única institución universitaria que otorgaba grados era la Tomística, por lo que los estudiantes de los dos Colegios Mayores, Rosario y San Bartolomé, tenían que ir a graduarse en la universidad de los dominicos.

En cuanto a los escolares, nos dice sor Águeda, O.P., unos eran los frailes dominicos del Colegio de Santo Tomás, otros los religiosos del convento del Rosario y otros eran laicos que cursaban en las aulas

dominicanas, generalmente aspirantes a órdenes sagradas. Se deben incluir los que, no estudiando en las aulas de la Tomística, iban a recibir los grados. “A los graduados se les exigía legitimidad de nacimiento y limpieza de sangre. No conocemos más detalles” (Águeda, 1973, p. 393). Para obtener el grado se debía tomar un curso que duraba ocho meses y un día, desde san Lucas —18 de octubre— hasta san Juan Bautista —24 de junio—. Además, presentar un certificado de haber hecho los cursos reglamentarios, otorgado por el maestro y con el juramento de dos condiscípulos. Luego se pagaban los derechos de grado (Rodríguez, 1973, p. 395).

Revisando el *Libro de Propinas* o de registro de grados de la Tomística de Santafé, en el periodo comprendido entre 1768 a 1808 (Hernández, 1980, pp. 241-337), se dice que los valores para los grados eran: 1 peso para el de bachiller; 2 pesos para los de maestría (otorgado solo para los religiosos que querían seguir la carrera de la docencia) y Facultades Mayores, entre ellas la de Teología; 5 pesos para el de licenciado y 25 pesos para el de doctor.

En el periodo comprendido entre 1768 a 1787, año este último del plan del virrey-arzobispo, el *Libro de Propinas* muestra que entre 1768 y 1770, la Tomística otorgó 46 grados de Doctor, sin poderse determinar si entre ellos hubiese egresados laicos, pues el uso genérico del don, título que recibían los religiosos en España, no permite establecer el carácter de religioso o de laico del graduado. Es importante precisarlo pues sería un indicador relevante para mostrar el grado de incidencia que tuvieron los laicos graduados en teología en la Tomística para la sociedad neogranadina pre-independentista.

Para los años 1776 y 1787, se presentaron 34 personas para optar por uno de los tres grados en Teología. Se destaca que catorce de ellos recibieron los tres grados como: don Juan Eloy Valenzuela, don Juan Bautista Pey Ruíz, don Cayetano de Mesa, don Carlos Restrepo, don Tomás Tenorio, entre otros.⁷ Otro dato interesante que necesita ser más investigado, corresponde al año de 1783, cuando el 5 de junio recibió

7 Se destacan solamente estos nombres porque el apellido que llevan tuvo alguna incidencia o participación en el proceso independentista de 1810.

el grado de bachiller en Teología don Joaquín Pey, constituyéndose en el único grado de esta facultad; mientras que los restantes graduados —65— lo hicieron en estudios de Filosofía y de Derecho. Tendencia que se va acentuando a medida que pasan los años, pero destacándose que el más apetecido y querido por la población neogranadina, fue el de Derecho. No es gratuito que para la época de la Independencia y aún hoy, son las facultades de Derecho las más concurridas y la disciplina académica que más profesionales tiene en el país.

Añadiendo a lo anterior, fray Enrique Báez nos cuenta que en 1770 era secretario fray Antonio María Uscátegui. En una sesión de grados se incorporaban San Buenaventura y los candelarios para sus ceremonias. Se daban representaciones de comedias. Se pagan las propinas o derechos de grado que eran para costear las necesidades del rector y los catedráticos, pero la mayoría de los estudiantes eran pobres y no las pagaban. Además, este dinero lo recogía la Real Audiencia. Los grados se daban en cualquier mes. Según Báez (1950a), entre los civiles egresados de teología de la tomística que se destacaron posteriormente están:

Don José de Baños, doctor en teología, salió como catedrático de teología y rector de la Universidad de Guatemala; Don Felipe Romana, oidor de la Audiencia de Guatemala; Don José Herrera, Oidor de la Audiencia de Quito; Don Antonio Verástegui, Oidor de la Audiencia de Santafé de Bogotá; Dr. Jacobo Groot en 1769; Dr. Camilo Torres y Tenorio 1788; Dr. Camilo Valenzuela 1789; Dr. Cayetano Vásquez 1790; Dr. Nepomuceno Niño en 1790 (pp. 141-142).

Sin embargo, quedan preguntas por responder para tener una panorámica más precisa: ¿El curso de grado que debían hacer los futuros graduados, lo hacían en la Tomística o en el colegio mayor donde tomaban los cursos de la facultad? y la más importante: ¿Cuántos graduados cursaron sus estudios teológicos en la Tomística?

Ahora bien, en la literatura histórica sobre la Tomística, es frecuente encontrar el argumento del fiscal Moreno y Escandón sobre los

grados. Sostenía que la Comunidad Dominicana los otorga “fácilmente”. No obstante, sor Águeda, en su obra citada, nos dice lo contrario.

Para el grado de Bachiller en Teología, el graduado debía presentar ante el padre prior su título de Bachiller en Artes. Le obligaban tres cursos teológicos y defender ocho conclusiones durante dos horas, sobre cuatro materias diferentes, arguyéndole tres examinadores. Para el de Licenciado, debía estudiar cuatro años o cursos, presentar el título anterior y hacer una exposición teológica de una hora ante todos los graduados, al cabo del cual los examinadores lo interrogaban durante otra hora. Luego le asignaban algunos temas de San Tomás para el examen, que debía presentar veinticuatro horas después, en el que leía durante una hora una lección y los examinadores le preguntaban durante otra. Después, secretamente los examinadores se reunían y votaban su aprobación. Mientras que para el de Doctor, similar que para el de Maestría, debía certificar un año de pasantía, se le asignaban tres temas de teología para el examen que debía presentar veinticuatro horas después en acto público; escogía al azar un tema y tenía que disertar sobre él durante una hora, y los examinadores lo evaluaban durante otra (Rodríguez, 1973, pp. 393 y 394).

Con esta cita se puede ver que hay dos posiciones contrarias sobre el tema de los grados en la Tomística. La de Moreno y Escandón, con una referencia política y cuyas conclusiones son fruto de su mala disposición contra la comunidad dominicana y la de sor Águeda, fruto de su pertenencia y fidelidad a la Orden. Para fray Báez, los grados eran muy exigentes y no se regalaban en la Tomística como pregonaban sus detractores. Por ejemplo, nos dice, que “para graduarse en doctor en Sagrada teología, el graduado debía haber tenido cuatro (4) actos públicos comprendiendo la obra de Tomás de Aquino, y haber cumplido dos (2) años de pasante” (Báez, 1950a, p. 164).

Las vacaciones

No podíamos finalizar sin antes presentar el tema de las vacaciones estudiantiles, ya que se encontró un documento pertinente en el Archivo histórico de la Orden de Predicadores en Bogotá que nos presenta este tópico. Es la carta del 19 de marzo de 1798 de fray Manuel León, rector de la Tomística y Regente de Estudios del Colegio Santo Tomás, al maestro general de la Orden, fray Baltasar de Quiñones, donde le informa que los estudios están en “infeliz situación”:

Los estudios se inician el 18 de octubre en las seis casas de estudios que hay en Santafé, “que se corresponden con mutua asistencia a sus actos públicos” de inicio de clases y en estos pierden seis tardes del mes. En noviembre los colegiales asisten a exequias fúnebres y aniversarios, pero no solo los de la Comunidad de los Dominicos sino también de las otras órdenes religiosas; otros días se pierden en las fiestas religiosas de Santa Cecilia, Santa Bárbara y San Carlos. En diciembre, entre el 18 o 19 y hasta el 7 de enero, se interrumpen las clases por las vacaciones de navidad. El 20 de enero se inicia el novenario de la Milicia Angélica con sermones a cargo de los maestros, perdiéndose nueve tardes. En marzo la cuaresma y la Semana Santa, y los maestros y estudiantes tenían permiso para ir a predicar y confesar en la ciudad como en los pueblos vecinos. En junio se pierde otra semana en las fiestas de San Pedro Martín, Santa Catalina, San Felipe y Santiago, la invención de la Cruz; los jueves y domingos del mes eran feriados. En todo el Corpus tampoco hay estudios pues los lectores o maestros salen a predicar. Si a esto se suman los días que se pierden durante el año en exequias de los personajes públicos de la sociedad, los aniversarios y celebraciones a difuntos, los cuales son de obligatoria asistencia a los colegiales (Báez, 1950b, f. 9-12).

Otro aspecto que fray León destaca en su carta, es que los actos públicos de conclusiones se empiezan el 15 o 16 de mayo y van hasta el 20 de julio, a los que asisten también los estudiantes. Termina diciendo

que “en consideración de lo expuesto, es claro que los Lectores de Teología apenas alcancen a explicar en todo el año diez cuestiones de sus respectivas materias, y de las restantes no dan a sus discípulos la menor noticia” (Giraldo, 1954, p. 337). Se queja también que “se han recibido a estudiantes que no saben la lengua latina por lo que no entienden nada, siendo muy pocos los que verdaderamente la saben”⁸ (Giraldo, 1954, p. 337).

Fray Melchor Cano, O.P.

El español Melchor Cano, (1492-1540),⁹ realizó sus estudios en la Universidad de Salamanca en donde conoció y fue discípulo de Francisco de Vitoria. Ingresó en 1524 al convento de San Esteban de los dominicos de dicha ciudad, en donde se propuso hacer una renovación teológica general aportándole el contenido humanista propio del Renacimiento, cuya premisa es: La fe no es suficiente para sustentar las verdades teológicas, también se necesita de la razón; solo con una imbricación de esas dos dimensiones humanas, la teología alcanzará mayores alturas y luces. Lo que se puede considerar como un aspecto revolucionario en el campo de la enseñanza de la teología en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII.

8 En este mismo sentido, el pueblo bogotano aprovechaba las festividades religiosas: de San Pedro, San Juan y San Eloy, para entregarse a toda clase de diversiones y entretenimientos mundanos, descuidando sus deberes de piedad y devoción. El arzobispo Sáenz Lozano impuso la excomunión a los que se emparandaran en esas festividades. Años después, el virrey Pizarro estableció fuertes sanciones a quienes se dedicaran en Semana Santa a las corridas de toros, argumentando que “muchas personas no concurren a las iglesias a celebrar los divinos oficios por estar ocupados en la parranda” (Giraldo, 1954, p. 337).

9 Fue profesor de la cátedra de prima de la Universidad de Salamanca, sucediendo a Francisco de Vitoria. Participó en el Concilio de Trento, fue obispo de Canarias, rector del Colegio de San Gregorio de Valladolid, e intervino como consejero del rey Felipe II. Escribió la obra *De locis theologicis*, que tuvo una enorme repercusión e influencia en la teología posterior (Recuperado de <http://www.dominicos.org/noticia.aspx?idNoticia=868>).

Para Menéndez y Pelayo, fray Cano es más un representante genuino del humanismo renacentista que de la Escolástica, aunque no es posible separar, en este caso, al teólogo del humanista. Nos dice:

No es tomista ni en la forma ni en el estilo, porque Santo Tomás escribió como se escribía en su tiempo y Melchor Cano escribe maravillosamente. No es tomista en filosofía porque entre Platón y Aristóteles no se atreve a decidir. En filosofía no desprecia la autoridad de Santo Tomás, pero tampoco la sigue, ni más ni menos que hacían los vivistas. En realidad, él se aprovechó ampliamente de Vives y de muchos vivistas como Juan de Vergara. En resumen, todo lo que en el libro [de Melchor Cano] no es teología pura, procede de fuentes distintas del tomismo. Por eso he llamado y sigo llamando vivista a Melchor Cano. Su gloria está en haber puesto al servicio de la teología la ciencia profana y el criticismo (Menéndez y Pelayo, 2015, p. 127).

Más adelante afirma:

Cuanto más leo a Melchor Cano, más me convengo de que no es escolástico, sino discípulo de Vives y escritor del Renacimiento. Pues cabalmente lo que caracteriza y da valor propio al libro de Melchor es lo que ni soñó Santo Tomás ni pudo soñarse en la Edad Media: la crítica de las fuentes de conocimiento, el criticismo aplicado a la teología (p. 127).¹⁰

Los *Lugares teológicos* facilitaban, por un lado, dar una dimensión diferente a los estudios de la teología y, por otro, favorecer el crecimiento cultural y teológico de los religiosos y párrocos de Santafé,

10 Marcelino Meléndez y Pelayo en carta fechada el 13 de abril de 1777 en Florencia, Italia, le escribe al Sr D. Alejandro Pidal M. como respuesta a los dos brillantes artículos que le dedicó al libro *La Ciencia española*.

así como de los que cursaran estos estudios en la Tomística¹¹ o en los colegios mayores del Rosario y de San Bartolomé, en donde se implantó su estudio solo a partir de 1774.

Fray Cano pretende con su obra, entonces, renovar la teología como respuesta a los desafíos que se le habían hecho desde el humanismo y del Renacimiento, tal como fue la Reforma protestante de Lutero. Humanismo y luteranismo ponían el acento en el uso de la razón para la demostración teológica. Como tomista, fray Cano defiende la armonía de la fe y la razón, así como la necesidad de fundamentar racionalmente la fe. Esta defensa la hace desde el mismo humanismo, sin desconocer el texto sagrado, y con el conocimiento del latín clásico, para uso de un análisis crítico de las fuentes teológicas. Las Sagradas Escrituras tienen que ser interpretadas racionalmente y con un sentido práctico para persuadir y convencer.

Melchor Cano enumera diez lugares o fuentes de la teología, él los jerarquiza en orden descendente, de más a menos, lo que le permite establecer una epistemología y un método propio para el estudio de esta rama del conocimiento. Estos son: (1) la Sagrada Escritura; (2) la tradición no escrita; (3) la Iglesia católica; (4) los concilios generales; (5) el papado; (6) los padres de la Iglesia; (7) los teólogos y canonistas; (8) la razón natural; (9) los filósofos y juristas y (10) la historia humana (Martínez, 1997, p. 230).

Entre los lugares propiamente teológicos, fray Cano distingue los dos primeros: la escritura y la tradición, como los que contienen los principios de la teología por ser la sede de la revelación, mientras que los cinco siguientes se dedican a interpretar los datos de los dos primeros o a deducir conclusiones de ellos legítimamente; por otro lado, los tres últimos son lugares ajenos a la teología y se basan en la razón (Cano, 2006, pp. 10-25).

Sobre esta nueva base, los estudios de teología se renovaron y tuvieron un renovado aire en el Nuevo Reino de Granada. Los

11 No se ha encontrado hasta este momento de la investigación un documento o alguna referencia específica que permita establecer con certeza que la Universidad Tomística tuviera aulas públicas, solo las propias para la educación de sus frailes.

dominicos, abanderados en esta tendencia, y tal vez sin proponérselo, respondieron a la concepción establecida por los dos planes propuestos del fiscal y del virrey.

Cierre

Para Rivas Sacconi (1997), las dos reformas propuestas, la del fiscal y la del virrey-arzobispo, no habían alcanzado los efectos esperados en los dos Colegios Mayores de Santafé, por lo que se buscó una solución intermedia (p. 233). En ese orden de ideas, lo que se implantó por la Junta de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, para los estudios de teología, fue volver al centralismo del tomismo de la *Suma Teológica*, con los autores y textos eclesiásticos de los dos planes propuestos y que no se realizaron concretamente. No se sabe con certeza la decisión que tomó la Junta sobre el texto de Melchor Cano, ¿se continuó con su enseñanza?, ¿los dominicos lo siguieron utilizando en sus estudios conventuales y en la Tomística?, ¿qué hicieron los dos colegios mayores con Cano? Se espera que el posterior desarrollo de esta investigación pueda dilucidar estos interrogantes.

Por otra parte, siguiendo a fray Enrique Báez (1950a), lo que sí podemos afirmar es que, al criticar la reforma propuesta por Moreno y Escandón, la considera un “juego de niños ante los presentes adelantados educacionistas, a pesar de haberse graduado en filosofía en las aulas de la Tomística en 1769” (p. 144).

Ante la rigidez y exigencia expresados en los planes de estudios revisados, la dimensión analítica y crítica que le dio a los estudios de teología la introducción del texto de Melchor Cano, *Lugares teológicos*, la rigurosidad en el proceso de grado, y la gran cantidad de días dedicados a diferentes actividades extracurriculares, permite inferir que mientras la educación se tornaba laxa, los miembros de la comunidad académica se hacían más importantes en la sociedad. Es decir, mientras se ganaba en prestigio social, se perdía en rigor académico.

Sin embargo, es claro que la persecución a la Orden de Predicadores fue más política que académica. Los planes comparados muestran que no había diferencias significativas en los contenidos de los estudios,

lo que conlleva deducir que la persecución y el odio hacia la Orden eran de carácter político. Hasta aquí la investigación de nuestra historia que debe continuar.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo de la Provincia Dominicana de Colombia —APDC—

Báez, E. (1950a). *La Orden Dominicana en Colombia*. Tomo X. Manuscrito inédito.

Báez, E. (1950b). Colegios y universidades. (San Antonino, caja 3, carpeta 3, folios 9-12).

Fuentes secundarias

Alzate, C. (2012). *Diario de un convento. Santo Domingo de Tunja durante la independencia*. Bogotá: Ediciones USTA.

Ariza, A. (1980). *El colegio-universidad de Santo Tomás de Aquino de Bogotá*. Bogotá: Editorial Kelly.

Ariza, A. (1992-1993). *Los dominicos en Colombia*. II tomos. Bogotá: Provincia San Luis Bertrán.

Belda, J. (ed.). (2006). Melchor Cano, De locis Theologicis. En: M. Cano. *De locis theologicis*. Madrid: Editorial Biblioteca Autores Cristianos.

Borrero, A. (2008). *Historia universitaria: la universidad en Europa desde sus orígenes hasta la Revolución francesa. Compañía de Jesús*. Tomo I. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Cano, M. (2006). *De locis theologicis*. Madrid: Editorial Biblioteca Autores Cristianos.

De Zamora, A. (1945). *Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. IV tomos. Bogotá: Editorial Kelly.

García, B. (1973). *El hijo de la providencia: autobiografía de Fr. Buenaventura García Saavedra restaurador de los dominicos en Colombia*. Bogotá: Gráficas J. C. B.

- Giraldo, G. (1954). *Estudios históricos*. Bogotá: Editorial Santafé.
- Groot, J. (1953). *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*. IV Tomos. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos.
- Hernández, G. (1980). *Documentos para la historia de la educación en Colombia*. VIII tomos. Bogotá: Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, Editorial Kelly.
- Martínez, F. (1997). *Teología fundamental: dar razón de la fe cristiana*. Salamanca: San Esteban.
- Menéndez y Pelayo, M. (2015). *La ciencia española: polémicas, indicaciones y proyectos*. Madrid: Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Mesanza, A. (1936). *Apuntes y documentos sobre la orden dominicana en Colombia (1680-1930)*. Caracas: Editorial Sur América.
- Molano, H. (1938). *La independencia en Colombia y la Orden Dominicana*. Chiquinquirá: Editorial La Rotativa.
- Mora, F. (1929). *Cuarto centenario de la entrada de los dominicos a Colombia: 1529-1929*. Bogotá: Editorial Cromos.
- Ortiz, A. (2003). *Reformas borbónicas: Mutis catedrático, discípulos y corrientes ilustradas 1750-1816*. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario.
- Pacheco, J. (1986). *La Iglesia bajo el regalismo de los borbones. Siglo XVIII*. Bogotá: Ediciones Lerner.
- Pinilla, G. (2008). *Historia de la cátedra de Teología del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1653-1850*. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario.
- Plata, W. (2008). *Aproximación a la crisis de la Orden Dominicana en Colombia en los siglos XVIII-XIX. Un análisis historiográfico. Separata Archivo Dominicano*. Salamanca: Editorial San Esteban.
- Plata, W. y Reyes, N. (2005). *La Universidad Santo Tomás de Colombia ante su historia. Siglos XVI-XIX*. Bogotá: Editorial USTA.
- Porrás, G. (1952). *Historia de la cultura en el Nuevo Reino de Granada*. Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla.
- Restrepo, M. (2009). *Nueva Granada en tiempos del Virrey Solís*. Bogotá: Colección de Textos de Ciencias Humanas, Editorial Universidad del Rosario.

- Rivas, J. (1977). *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano* (2ª. ed.). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Rodríguez, A. (1973). *Historia de las universidades hispanoamericanas. Periodo Hispánico*. Tomo I. Bogotá: Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, Instituto Caro y Cuervo.
- Salazar, J. (1946). *Los estudios eclesiásticos superiores en el Nuevo Reino de Granada (1563-1810)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.
- Silva, R. (2009). *Universidad y sociedad en el Nuevo Reino de Granada*. Medellín: Editorial La Carreta Histórica.
- Soto, D. (2004). *La reforma del plan de estudios de Fiscal Moreno y Escandón. 1774-1779*, Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario.